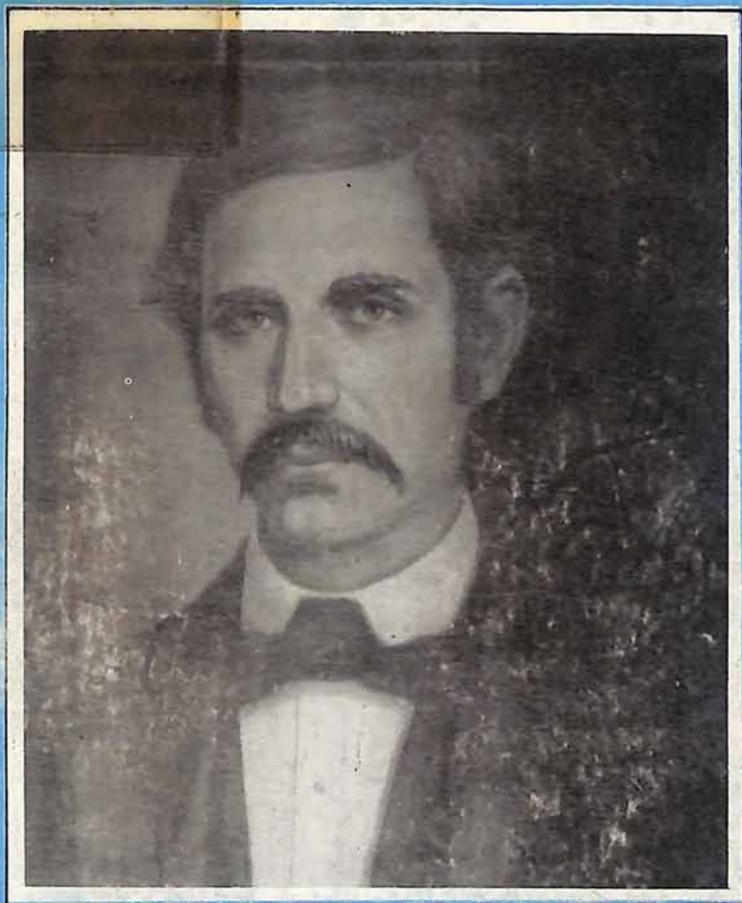


Rafael Lantigua



**HACIA UNA REVALORIZACION
DEL IDEAL
DUARTIANO**

Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

JOSE RAFAEL LANTIGUA

**HACIA
UNA REVALORIZACION
DEL
IDEAL DUARTIANO**



UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Santo Domingo, República Dominicana
1985

HACIA UNA REVALORIZACION DEL IDEAL DUARTIANO
José Rafael Lantigua

PRIMERA EDICION:
Julio 1985

1985.
UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
Santo Domingo, República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Cubierta: Federico Cuello
Fotografías: Victor Camilo
Director de Edición: Genaro Phillips

**HACIA
UNA REVALORIZACION
DEL
IDEAL DUÁRTIANO**

**Primer Premio
Concurso Nacional Duartiano
1977
Instituto Duartiano**

INDICE

PRESENTACION	9
DICTAMEN DEL JURADO	15
ACLARACION	19
INTROITO	25
CARACTER INDOBLEGABLE	31
¡DUARTE VIVE!	37
VOLVIENDO LA CARA	43
IDEARIO	49
DUARTE CRISTIANO	55
DUARTE MASON	63
DUARTE Y LA AMISTAD	67
DUARTE Y EL ENEMIGO	75
DUARTE CONTRA'LA DELACION, EL CRIMEN Y LA TRAICION	79
DUARTE Y LA LEY	85
DUARTE Y LA INDEPENDENCIA NACIONAL	89
LA UNIDAD NACIONAL	97
VISION PROFETICCA	103
DUARTE: EFECTO DE SUS IDEAS	109
DUARTE Y LA NO-VIOLENCIA	117
DUARTE Y EL PREDOMINIO DE LO CIVIL	123
DUARTE: MODELO PARA LA JUVENTUD	129
DUARTE: LIDER DE TODOS	135
DUARTE COMO META	139
NOTAS	145
BIBLIOGRAFIA	153

PRESENTACION

José Rafael Lantigua es un escritor ligado a los anales del Instituto Duarteano desde 1976. En aquel año de recordación especial de Duarte con motivo del centenario de su muerte, ganó el primer premio en el Concurso organizado por el Instituto Duarteano.

Puede decirse que la obra que se le premió a José Rafael Lantigua es representativa del enfoque que suele hacer del patricio la más joven generación de escritores, necesariamente saturado de sentido social, nacionalista y democrático. Lantigua aprovecha en su obra todo el trabajo de la generación que inmediatamente le precede, pero quiere más y aún vislumbra y anhela lo que todavía falta por averiguar y saber, actitud que es natural en espíritus vigilantes como el suyo.

Las fuentes en que se basan lo que sabemos de Duarte no son abundantes, pero difícilmente se descubrirán algunas más en el país y en los demás lugares en que el egregio Fundador pudo dejar huellas. Ello no obsta para que la imagen histórica y moral de Duarte siga brillando y orientando a los dominicanos en los tiempos por venir. Menos fuentes alimentan el conocimiento que se tiene de Cristo y sin embargo todavía está vigente con una fuerza fecundante que no disminuye con los siglos.

La especie de seres a que pertenece Duarte crea también en quienes lo estudian una dinámica moral capaz de producir hondas transformaciones espirituales y una presencia viva en las determinaciones de la voluntad. La condición para que este fenómeno tenga lugar, en lo concerniente a nuestro prócer máximo es mantenerlo espiritualmente presente, en la escuela, en la universidad, en las funciones públicas, en el mundo del trabajo y en el pensamiento de todos. De este modo se mantendrá vivo, triunfante y operante el espíritu de Duarte, por sobre sus fracasos y derrotas personales, a la manera de esos grandes vencidos y a la vez grandes vencedores que se ven en la historia de la humanidad, como lo son Sócrates y Cristo.

Esta característica inusual de Duarte; esa rara fuerza fecundante que genera su palabra y su

ejemplo, fué lo que me indujo a decir hace años que Duarte al creer en el futuro, creó futuro.

Es lo que coincidentemente expresa el autor de este libro cuando dice que “Duarte es la configuración de una vitalidad ideológica sin la cual no puede ser real en nuestros días una patria libre, soberana e independiente” y cuando afirma que “Duarte es eterno.”

Quien quiera sentir hondo una vivencia de lo que Duarte fué y quiera experimentar la inquietud juvenil de la insatisfacción ante lo aprendido, de la sed insaciable de la verdad, de la pura inclinación al sacrificio y del ansia incontenible de superación. Quien quiera encender el motor espiritual que provoca adoptar a Duarte como modelo para trabajar con orientación definida y limpio corazón por el progreso moral y político de la comunidad dominicana, que apure todo el contenido de esta obra de José Rafael Lantigua, en que se logra reactualizar el ideal duartiano.

Pedro Troncoso Sánchez

DICTAMEN DEL JURADO

El Jurado que otorgó el PRIMER PREMIO, en la categoría de Escritores, del Concurso Nacional auspiciado por el Instituto Duartiano, en 1977, al trabajo de José Rafael Lantigua intitulado HACIA UNA REVALORIZACION DEL IDEAL DUARTIANO, consideró en su dictámen que el mismo merecía el galardón

"por su alto y rico valor conceptual y por la demostrada capacidad de investigación y análisis del autor,"

según expresara en el discurso de entrega del Premio el Dr. Pedro Troncoso Sánchez, Presidente del Instituto Duartiano, y quien junto al Lic. Emilio Rodríguez Demorizi y al Dr. Vetilio Alfáu Durán integrara el Jurado del certámen, en el cual sirvió además de Secretario, el Dr. Enrique Patín Veloz.

ACLARACION

El presente trabajo fue concluído por su autor en Noviembre de 1976, Centenario de la muerte del Patricio Juan Pablo Duarte y presentado al Concurso Nacional auspiciado por el Instituto Duartiano en 1977. La presente edición incluye nuevas citas y referencias, así como correcciones y criterios que sirven para enmarcar en los planos actuales los conceptos vertidos por el autor en su trabajo original, escrito en una época de connotaciones sociales y políticas diferentes a la que vivimos en 1985.

“La palabra es tuya. Fuiste el pensamiento.
Diste luz al verbo. De tus labios finos
brotó, como en ritmo germinal, tu acento,
y trazaste, Padre, todos los caminos.”

JUAN BAUTISTA LAMARCHE*

**Del poema "La Palabra es Tuya," La Nación, 27 de febrero, 1949.*

INTROITO

Parecerá increíble, pero la vida de Juan Pablo Duarte y Díez aún no ha sido escrita por completo.

Su historia, que es la historia del nacimiento de la República, la conocemos con más detalles, en su aspecto trágico; ese aspecto azaroso, triste, fuertemente doloroso, que constituye la vida y el destino del hijo de Juan José Duarte y Manuela Díez.

La vida de Duarte en efecto, es una vida preñada de angustias, saturada de irónicos desprecios, turbada por desconsueltos y agravios, azotada por los vendavales de la maledicencia y la envidia.

Esa vida de pesadumbres del patricio arrastró por la misma pendiente a su familia y se conformó

así un infausto destino que se convirtió en calvario y que sólo concluyó con la muerte.

Joaquín Balaguer creó una expresión certera, que es denominación precisa de los avatares a que estuvo sometido el Fundador de la Nacionalidad Dominicana. Le llamó "El Cristo de la Libertad." (1).

Pero ese aspecto trágico de la vida de Duarte lo conocemos detalladamente los dominicanos.

Ha sido expuesto en las aulas, en las academias, en los recintos universitarios y en una bibliografía de indudables méritos, producto de investigaciones metódicas y acuciosas.

"Juan Pablo Duarte, el Fundador de la República Dominicana, no ha tenido la singular fortuna de que un biógrafo a la manera de Mason Weems, el de Jorge Washington, transmitiera a la posteridad la historia de su vida, noble y edificante, al través de anécdotas extrañas que hicieran resaltar, tanto como sus hechos inmortales, la grandeza de su alma. Nadie ha inventado para él una leyenda como la del hacha y el cerezo." (2)

La otra cara, la del Duarte que es ejemplo de un comportamiento humano singular; la del Duarte que es vivencia de una fe inquebrantable; la del Duarte que es lucha tenaz, sin dobleces ni ataduras materiales; la del Duarte visionario; la del Duarte profético; la del Duarte apóstol, sólo nos es conocida a través de valiosos estudios, que no han sido, sin embargo, lo suficientemente divulgados

como para que en cada corazón de dominicano vibre, se sienta y se enraice fervorosamente el ideal duartiano.

Un ilustre hombre de letras, fallecido hace poco tiempo, don Fabio A. Mota, solía decir que Duarte era aún, un desterrado. (3).

El Duarte dinámico de las ideas de un valor permanente, el Duarte del vigoroso pensamiento que es signo de una mente de preclara disposición patriótica, sigue siendo, a pesar de los pesares, un extraño.

La mayoría de los pueblos dedican esfuerzos y medios para investigar sobre las vidas de sus próceres, hurgando por los caminos de su existencia, y desentrañando, para la mejor comprensión pública, la verdad de sus pensamientos. De Bolívar, por ejemplo, se han escrito a la fecha centenares de trabajos analíticos, biografías y composiciones literarias. Sin embargo, de Duarte, muchas cosas faltan aún por investigar y analizar.

¿Qué se ha hecho, por ejemplo, para averiguar cuál fue el papel de Duarte en las universidades que frecuentó en Europa?

¿Qué de su labor como comisionado del gobierno restaurador en los países de Colombia, Ecuador y Perú?

¿Con cuáles personalidades intelectuales y políticas de estos pueblos se relacionó entonces? .

¿Su propia vida en Venezuela, en Caracas como en Valencia, en la apartada zona del Río Negro, no requiere quizás de una investigación más profunda? . (4).

A ciento nueve años de su muerte, a ciento cuarenta y uno de la proclamación de la patria independiente, parece como si no pudiésemos hablar con base amplia y suficiente sobre la vida del más grande de los dominicanos.

Quizás la propia vida de azares continuos de la familia Duarte Diez ha contribuido a este vacío en el conocimiento en torno a la existencia del patricio. Su archivo se perdió, sus papeles testimoniales fueron incinerados absurdamente por un pariente temeroso de las represalias haitianas, y por demás, Duarte no dejó descendientes directos. La única descendencia es colateral por parte de su hermano Vicente Celestino, algunos de cuyos miembros residen actualmente en España.

En ese aspecto, pues, Duarte sigue extrañado de la Patria que es encarnación suprema de su ideal.

Valdría, en lo que fuese posible, dedicar el mayor empeño para que los rasgos biográficos del prócer que aún son prácticamente desconocidos o que han sido medianamente investigados, sean aclarados y reinvestigados aquí y donde fuese necesario.

CARACTER INDOBLEGABLE

Parecería entonces, a la luz de las afirmaciones precedentes, que la vida del Fundador de la Nacionalidad Dominicana no es más que un trágico devenir, salpicada de inexplicables desgracias, y por tanto, consumida en el estrecho círculo trazado por el peso del infortunio. Una vida así, maltratada, sentenciada a un destino cruel, sólo puede dar cabida a una mentalidad vulnerada, de realizaciones frustradas y de desvelos míticos.

Pero no.

En la historia dominicana y en el haber de los grandes forjadores de nacionalidades, no hay mayor triunfo sobre las adversidades, ni mayor temple frente a las ingratitudes del ambiente.

En Duarte se cumple un destino insano y malévolo, pero ante los flechazos de heridas

profundas e incurables, pudo este mártir sin igual sobreponer un pecho de acero que aunque no pudo detener el morbo del dardo punzante, sí logró retener junto al dolor de las lesiones agraviantes una humanidad inexpugnable que siempre fue puesta al servicio del hombre y de la patria, con un amor que permaneció todo el tiempo haciendo órbita en los corazones de sus conciudadanos.

En la ciencia de la psicología —y no es una exageración— quizás no aparezca una excepción tan esplendorosa y única como la de este mártir, cuando se hable de los mecanismos de conducta de un individuo golpeado y atribulado en el mayor porcentaje de su existencia.

Alguien ha dicho que sólo en la historia de los grandes mártires de la Iglesia pueden encontrarse ejemplos tan vitales.

El historiador Julio Genaro Campillo Pérez afirma que en Duarte “hay un renunciamiento a lo material, una línea invariable al ideal nacionalista, una postura mística que agregan a su figura patricia elementos conducentes a consagrar una santidad,” agregando a seguidas que Duarte “es uno de los libertadores más inmaculados y menos ambiciosos.” (5)

Frente al drama de su vida, Duarte no opone, como sería lo normal, una conducta de reproches y un carácter de violenta configuración.

A lo contrario, asume con ejemplar entereza una postura digna de un predestinado que conoce a la perfección hacia donde conllevan esos sacrificios y por donde conducen tantas adversidades.

Es un fenómeno, por sus características particulares y diferenciatorias, que merece un estudio tipológico profundo.

De ahí el ejemplo de un hombre que “jamás se doblegó ni bajo el peso del infortunio ni bajo el rigor de las persecuciones.” (6)

Ante un temple así no se puede hablar de derrota, ni moral, ni espiritual; quizás física, porque contra esa suerte no hay firmeza posible. Además, delante de los espíritus como Duarte no se puede hablar de derrota, ni de abatimiento, ni de fracaso. Hombres de esta categoría no caen nunca dentro de estas acepciones, porque no importan las contingencias políticas que se le opongan. “sus ideales son siempre eternos y pertenecen al fondo común espiritual de todos los seres humanos que sobre la tierra aman la libertad y se sacrifican por ella.” (7)

No hay pues, en Duarte, una conducta derrotista, ni sus desvelos en pro del mejoramiento de la Patria fueron productos de una mentalidad ilusa, ni tampoco puede hablarse de frustraciones en su ideal o en lo que algunos podrían llamar “sus sueños.” El golpeteo de la vida no hizo más que afianzar sus principios y fortalecer su fe; su fe en

sus convicciones y en el camino trazado; su fe en la semilla germinada y en el surco abierto; en definitiva, su gran fe en el hombre y en el pueblo.

“Juan Pablo Duarte tuvo el coraje de creer que en un territorio pequeño, deshabitado e incomunicado interior y exteriormente podía establecerse una república. Para creer eso era necesario tener una fe incommovible en la capacidad de lucha del pueblo dominicano, y Duarte la tuvo.” (8)

No se puede esperar menos de una persona que “nombre, juventud, fortuna, esperanzas, cuanto era, cuanto podía ser, todo lo ofrendó en aras de la tierra de su amor” (9)

La más ilustre educadora dominicana del Siglo actual, Aurora Tavárez Belliard, dijo en una ocasión una frase que aunque podría resultar exagerada, agrupa simbólicamente todas las facetas del sufrimiento del patricio, todo este martirologio ejemplar que sirvió de base al surgimiento de la Nación Dominicana: “Duarte era un santo laico, no canonizado, pero ante cuya imágen de pureza integral se puede rezar, como ante cualquier otro santo de la Iglesia.” (10)

IDUARTE VIVE!

Posicionándonos de frente a esta conducta y a esta vida, debemos afirmar que Duarte constituye un ser-ejemplo para todos los dominicanos.

Podrá pensarse que lo es, para los dominicanos que vivieron en su tiempo y que pudieron aquilatar de cerca las virtudes de su pensamiento y la trayectoria de su vida.

Pero no.

Duarte es la vivencia de un ideal trascendente que no se circunscribe a una época y a una etapa determinada.

Duarte es la ejemplaridad de una concepción que pervive sobre todas las contingencias y permanece más allá de las mutaciones humanas.

Duarte es la configuración de una vitalidad ideológica sin la cual no puede ser posible y real en nuestros días una patria libre, soberana, independiente.

Duarte es eterno.

Ayer, hoy y mañana.

Su sistema ideológico, la amplia gama de su pensamiento, sus verdades, la nobleza de sus concepciones, no tendrían valor si no hubiesen traspasado la frontera de las limitaciones y de las permeabilidades humanas.

En Duarte hay un ejemplo de comportamiento humano que sirve y servirá siempre de guía para que el dominicano encuentre

su mejoramiento intelectual y moral, y lo ponga al servicio incondicional de su patria.

La gran lección de Duarte se encuentra precisamente en esa vida que corrió pareja en palabras y hechos, en esa existencia arriesgada que se conjugó con el más preclaro pensamiento patriótico, y en la que debemos buscar los dominicanos la fuente para impulsar las más dinámicas y constructivas tareas de engrandecimiento patrio.

Esa vida-ejemplo de Duarte es paradigma de fe en nuestro porvenir.

Esa lucha incesante a favor de la patria que hizo de la vida un deber-servicio es un modelo que se nos presenta ante nuestros ojos y que obliga a la reflexión y a la recapitación más profunda.

Del “alma candorosa de unos de los hombres más buenos y más puros que han existido en el mundo” (11), surge el arquetipo de líder que debieran imitar los dirigentes públicos dominicanos.

De este “hombre sobremanera virtuoso” (12), en quien no se encuentra en su fecunda y trascendental existencia “ni una gota de sangre, ni una mancha de lodo” (13), en éste que es “la figura más alta y más inmaculada en la Historia Patria” (14), es en quien debieran los dominicanos fijar la mirada, el corazón, la fe, la esperanza, como luz imperecedera de grandes y constantes detellos.

Así las cosas, puede decirse que Duarte es hoy la luz que fue ayer.

Duarte simboliza hoy una lucha y un ideal que fueron los mismos que dieron nacimiento a la patria hace ciento cuarenta y un años.

Duarte-pensamiento cabe hoy, como solución, en muchos de los problemas cotidianos del país.

Duarte-ideal es hoy una vida por vivir y una verdad por sentir.

Por eso, Duarte es hoy como ayer, ayer como mañana, mañana como siempre. Sencillamente: ¡DUARTE VIVE!

¡VOLVIENDO LA PATRIA

VOLVIENDO LA CARA

Durante muchos años, y por razones obvias, el ideario de Duarte fue dado a conocer en forma parcial y mutilada. En los últimos tiempos, hombres de probada fe duartiana se han empeñado en divulgarlo en toda su amplitud y trascendencia.

¿Cuáles han sido las conclusiones extraídas por el dominicano, en sentido genérico, de los postulados y principios del Padre de la Patria?

¿Se han detenido los hombres públicos a reflexionar sobre la importancia de estos luminosos pensamientos? .

Hombres de gobierno, líderes políticos, dirigentes obreros y estudiantiles, profesores y periodistas, dignatarios eclesiásticos y promotores de acciones cívicas; la suma, en fin, de los hombres públicos del país, ¿habrán seguido la luz refulgente

que emana del claro y preciso ideario duartiano? .

¿Cuántos y cuáles, de nuestros líderes cívicos, políticos y comunales habrán buscado en los postulados duartianos un canal para motivar sus acciones de servicio, una orientación para sus actividades públicas o un "leit motiv" para impulsar el dinamismo, y a su vez, la serenidad de sus conductas? .

Son varias preguntas y una sola desilusión.

O mejor. Varias desiluciones y una sola cuestión.

La conducta mostrada por la mayoría de los hombres que, en un plano u otro, han tenido incidencia decisiva en los problemas del país en los últimos años, obliga a una nueva revalorización de los comportamientos para forjar un proceder que sea paradigma de fe en la Patria y en los principios que le dieron forma, para las actuales como para las venideras generaciones.

Muchas veces la acción impredecible de un hado prodigioso e indescifrable ha logrado imponer formas de avenencias en momentos de franca desunión e imponer criterios de ecuanimidad en medio de increíbles acciones perturbadoras y de desilusionados desaciertos.

Cierto es que, a honra para ellos, algunos dominicanos ilustres y de probidad a toda prueba han podido poner en alto el nombre del país y mantener radiante la estrella de la libertad y de la

moral patriótica, como si dijésemos, logrando que perviva y crezca el ideal supremo del Fundador de la República.

Juan Daniel Balcácer afirma que “es deber cívico y patriótico... el estudio del pensamiento duartiano, cuya esencia nacionalista aún no ha perdido vigencia.” (15).

Por encima de todo, creemos sin embargo, que si muchos volvieran la cara y el corazón hacia el ideario duartiano, otra cosa sería.

Si líderes y pueblo, pueblo y hombres, hombres y nación, fijaran sus sentimientos en los principios con que Duarte ayudó a crear la Patria, el país podría verse en condición de ser más grande moralmente, dentro de un convergente espíritu de entereza patriótica.

Nuestra patria necesita que sus líderes de todas las banderas, que sus dirigentes de todas las vertientes, que sus hombres de todas las corrientes, vuelvan la cara hacia un hombre en cuyos postulados se puede aprender a querer más la Patria y a querer hacer un mejor y más sano servicio por ella. Volver la cara hacia un hombre en cuyos principios se encuentran soluciones para cada uno de nuestros problemas actuales, para cada una de nuestras palpitantes dificultades. Volver la cara hacia un hombre que lo tiene todo, que lo dice todo. Volver la cara hacia un hombre que es

solución directa y responsable, no paliativo alienante y desnaturalizador.

*“Por el polen libre de sus huesos gloriosos,
por su esfuerzo, su cruz, su apostolado...
Hay que volver la cara hacia las hojas verdes de Febrero
.....
que tu voz se levante redentora al paisaje,
que de nuevo tus manos se estrechen con el pueblo
para que sea posible desarrollar la tierra
y la alegría cunda por todos estos campos
.....
Hay que volver la cara hacia las hojas verdes de Febrero
Hoy que hasta las llanuras desean tus palabras subterráneas;
.....
estos silencios desean tus palabras
acompañanos en cuerpo,
acompañanos en alma...” (16)*

IDEARIO

¿Cuáles aspectos hay que estudiar en el ideario de Duarte para desentrañar la eficacia de un pensamiento revelador de grandes verdades y de una visión ejemplarizadora del compromiso por la libertad y el bienestar del país? .

En Duarte nace la clave para jerarquizar los valores nacionales en una justa escala, donde se conjuguen las más disímiles voluntades en pro de una finalidad común.

O sea, Duarte crea las categorías morales con las cuales cada dominicano, colocado en la posición que haya decidido elegir, y desde la cual brinda sus servicios a la sociedad pueda aportar su esfuerzo y su amor en bien del logro de una meta común que se supone sea, a largo plazo, la felicidad y el bienestar conjunto y definitivo.

El ideario de Duarte no es un palabrerío aislado y volátil.

El pensamiento del patricio es unitario y perdurable. Nace de una conciencia madura, cuya consistencia no permite en ningún momento la evaporación de su sustancia.

Por tanto, en Duarte hay que ver la suma de un pensamiento de cobertura variada, pero enfocado hacia una sola dirección para recorrer una trayectoria definida y radicalmente invariable.

Cada cosa encuentra su análisis certero en Duarte; cada aspecto tiene su enfoque y cada situación su sentencia.

Por eso, es conveniente para la reflexión de todo dominicano ante la memoria del Padre de la Patria, estudiar cada parte de su pensamiento a la luz de las realidades que nos toca vivir en la actualidad; observar cada rasgo de su doctrina y encontrar en esto la sabia nutrición para nuestros comportamientos; vislumbrar en cada frase un sol clarificante para procurar el mejoramiento humano en todas sus secuencias.

Los principios duartianos forman un todo armónico y dinámico, pero los mismos van pasando por cada camino de la Patria para enmendar errores, y se van descubriendo en cada faceta nuevos aspectos de un mismo cuerpo de doctrina, que es por tanto, un sólo canal de patriotismo.

Por eso hay que volver la cara a cada rama de las concepciones duartianas. Ir dando el frente a cada posición de su avanzada. Ir penetrando en el haber de este ideario, como cuando se llega a descubrir una gran verdad, después de haber pasado por muchos cauces de fe.

DUARTE CRISTIANO

En Duarte hay un aspecto que constituye, a nuestro juicio, parte vital en la sustentación de sus principios de moralidad política.

Nos referimos a las marcadas influencias que la religión católica ejerce sobre su quehacer patriótico.

Los conceptos de marcado tinte religioso bullen, directa o indirectamente, en las ideas del apóstol, en pensamientos de clara y definida proyección cristiana y en frases donde se deja ver el hilo de una ferviente compostura religiosa.

La propia conformación estructural de la nación dominicana está cimentada en los principios trascendentes del cristianismo, y específicamente, en la visión universalista del catolicismo. Con el permiso de los historiógrafos que dejan de lado este

aspecto duartiano, la República Dominicana se organiza, se planea, se funda y se establece bajo el rectorado de la “Santísima, Augustísima e Indivisible Trinidad de Dios Omnipotente” y bajo el signo sacrosanto de la cruz que para Duarte no es signo de padecimiento, sino símbolo de redención. Dios es principio fundamental, el primero, en la formación de la República, y la religión católica -“sin perjuicio de la libertad de conciencia y tolerancia de cultos y de sociedades no contrarias a la moral pública y caridad evangélica”- se establece como “religión predominante.” (17)

“Juan Pablo Duarte quiso que la cruz fuera en todo momento signo de fe, insignia de triunfo, égida salvadora, símbolo de redención.” (18).

Producto pues de sus innatas ideas religiosas, que luego asoció a una acendrada e inviolable fe nacionalista, Duarte emprendió sus trabajos bajo la protección de ese “Símbolo de redención.” Y decimos innatas ideas religiosas, porque Duarte creció en un hogar cristiano donde con toda seguridad aprendió las primeras lecciones de moral cristiana, ya que según nos dice su hermana Rosa “a los siete años recitaba de memoria el catecismo” (19) huella que sin lugar a dudas va a quedar en forma imborrable en su mente y en su corazón, como se demuestra observando su posterior trayectoria de vida.

“Educado en la piedad religiosa guardó siempre intacto el tesoro de su fe y acudía al Señor en las congojas de su corazón. En su grande alma mantuvo altar para Dios y para su patria, y así sus virtudes cívicas llevaban el suavísimo perfume de sus virtudes cristianas,” según nos recuerda el padre Meriño. (20).

Vetilio Alfáu Durán ha señalado que Duarte “estuvo dotado de un selecto i noble espíritu, profundamente cristiano.” Y agrega: “En su vida abundan como estrellas en el cielo, los rasgos más relevantes de que su alma estuvo intensamente iluminada por el resplandor vivificante de la doctrina católica.” (21).

Juan Félix Pepén Solimán destaca por su parte que “la profunda fe religiosa de Duarte es algo que se hace evidente en toda su vida.” (22). En ese sentido añade que “Duarte fue, quizás sin saberlo, un místico por vocación y por práctica. Un hombre que hizo de cuanto don recibió de Dios instrumento de servicio a los hombres. Un varón en permanente comunicación, por los vínculos sutiles de la fe y el amor, con el Creador.” (23).

El mismo autor destaca la importancia de que la sociedad La Trinitaria se fundara en la fiesta mariana de la Virgen del Carmen; que el juramento trinitario estuviera apoyado en dogmas de la doctrina católica; que el escudo patrio ostentara el

libro de los Evangelios y que la bandera de la naciente república estuviera centrada por la cruz.

Y acota, por otra parte, que “para Duarte la religión no fue una máscara de hipocresía ni envoltura de denigrante oportunismo. Fue código de vida y también recurso imponderable para trazar un futuro mejor para su patria.” (24)

Toda esta influencia religiosa en Duarte pudo haberlo llevado al sacerdocio, cuando expatriado para siempre en la comunidad de San José de Apure, Venezuela, conoció al sacerdote San Gerví, quien quiso infundirle al apóstol la idea de enrolarse en el ministerio sacerdotal. Pero en Duarte pesó más esa vez, su espíritu patriótico y adujo que su interés por la Patria le imposibilitaba acceder a esa petición. Duarte pudo comprender entonces que su misión y su destino estaban marcados para morir con la fe puesta en la patria lejana, atisbando con su demostrada visión histórica que su consagración al sacerdocio podía haberse visto como un escape de resentimiento o frustración ante el evidente fracaso de sus ideas de libertad y soberanía absolutas. De suerte, entonces, que Duarte fue un hombre inspiradamente religioso. Balaguer dice que las Sagradas Escrituras fue su libro de cabecera, el cual le infundió “el amor el sacerdocio” y despertó “en su corazón la llama religiosa.” (25) “Lector asiduo de la Biblia en cuyas páginas descansa todas las noches su

pensamiento que se apoya en la fe como la yedra en el muro," dice el escritor. (26)

No hay dudas pues de que estos principios religiosos sustentaron los fuertes soportes morales de la fe patriótica del Padre de la Patria; ellos dieron base firme y contundente a la idea de regeneración llevada a cabo por los trinitarios y conformaron la estructura en que se cimentó la independencia nacional el 27 de febrero de 1844.

Duarte estaba convencido de que el valor de la fe era un elemento de fuerte resistencia moral contra los embates feroces de los dominadores haitianos que conociendo esa verdad persiguieron con saña a la religión.

Y por todo esto el apóstol hizo práctica consciente y resuelta de la fe que ganara a muy tierna edad. Y por todo esto pensó sinceramente que sólo "los providencialistas son los que salvarán la patria"... (27), generándose de aquí su confianza en la divinidad y dando rienda suelta a la segunda virtud teologal cuando en una evidente demostración de que era hombre de esperanza exclamó al regresar a la Patria: "El Señor allanó mis caminos." (28)

DUARTE MASON

Hay otro aspecto determinante en la vida de Duarte, poco difundido, pero de cierta importancia, que es la filiación masónica del Padre de la Patria. Duarte fue masón, y podría parecer que existe cierta contradicción entre esa postura del patricio y sus acendrados sentimientos cristianos. Tradicionalmente se ha identificado a la masonería como enemiga irreconciliable de la Iglesia Católica. En efecto, así pareció serlo en una época, aunque ya hoy las asperezas han sido limadas en gran medida. A pesar de esto, la masonería tampoco confrontó problemas de envergadura con la Iglesia en los tiempos en que Duarte estuvo enrolado en la logia Constante Unión número 8, en la cual llegó a ser Arquitecto Decorador en el 1845.

Don Enrique Patín Veloz ha explicado que “la masonería aquí, en Santo Domingo, y en la América entera, fue una escuela política que formó intelectual y moralmente a los principales políticos y libertadores del siglo pasado.” (29)

“Las logias sirvieron de escuelas de fraternidad, de política y de nacionalismo a la juventud revolucionaria de Europa y de América,” añade Patín Veloz. (30).

En un núcleo pues donde se abogue por la libertad, la igualdad y la fraternidad no podía faltar el concurso y la voluntad de Duarte. El liberalismo masónico iba pues a influenciar con determinación indiscutible el ideario político del forjador de la nacionalidad dominicana. Esa influencia pudo haber variado con el tiempo, pero Duarte dejó huellas de su formación masónica, y en una forma o en otra, la logia a la que perteneció dejó raíces en su mente y en su comportamiento.

DUARTE Y LA AMISTAD

En tiempos como los actuales donde los mecanismos de la ambición y del egoísmo impiden el desarrollo de la amistad, como vínculo de confianza y fraternal convivencia, convenga quizás hablar de lo que para Duarte significaba esta hermosa cualidad de la sinceridad humana.

Resalta, sin lugar a dudas, sobre todo en tiempos como en los que vivimos, donde la conveniencia económica o la utilidad del "enllave" para una actividad determinada, crean fugaces relaciones amistosas o dan lugar a aparentes afectos, que Duarte concibiera la amistad, y así la practicara, en función del beneficio que de la misma podría derivarse para el bien y la felicidad de la patria. Duarte cree en la amistad sincera y leal, cree que ella es el primer modo de convivencia efectiva entre seres de un mismo lar, pero condiciona en todo momento ese cariño a que del mismo se obtengan sanos y productivos beneficios para el país. Es una práctica consecuente con la realidad que se vivía y con la lucha que llevaba a cabo el Padre de la Patria. Amigos, sí, para trabajar por la independencia nacional; es un modo para probar la eficacia, si así valdría decir, de esa confraternidad.

De aquí que Duarte cree una cadena de afectos entre los amigos que podrían laborar en pro de la separación absoluta del país de la dominación haitiana.

“¿Tienes amigos? ”, le preguntaba una vez en carta dirigida a Félix María del Monte. “Prepáralos —añadía— porque los días se acercan; procura que no se descarríen, pues va a sonar la hora de anularse para siempre, la hora tremenda del juicio de Dios, y el providencial no será vengativo, pero sí justiciero.” (31)

Es, a la vez de una advertencia, una preocupación por el amigo, y por aquellos que sin serlo directamente lo son en función del vínculo natural de dominicanidad. Una preocupación porque cada amigo no se quede fuera de la jornada patriótica por indiferencia, negligencia o corrupción del ideal. “Procura que no se descarríen”; es una observación inquietante, es un auténtico desvelo, un obsesionante cuidado para que nadie que hubiese crecido en su afecto quedase fuera del lugar que le correspondía en su amor por apatía ante la lucha librada en bien de la patria. Es una actitud condicionante de la amistad, que no deja sin embargo, de lado, el aspecto humano de la relación fraternal entre dos o más seres. Una actitud que es nuevamente reflejo de una preocupación central: la idea de salvar la patria del yugo opresor y de labrar a costa de lo que fuese su independencia total.

Esta amistad para el patriotismo tuvo fervientes y leales seguidores. Duarte que vivió momentos amargos, que hubiesen agotado al más

resistente de los humanos, encontró pruebas de valiosa unidad en el ideal y del más leal y permanente vínculo de amistad. El ejemplo más socorrido es el del "ilustre loco" Juan Isidro Pérez, quien obligó al capitán de la nave que lo conducía al destierro, que se detuviera en Puerto Plata y lo llevara detenido a la cárcel donde se encontraba el patricio, con la advertencia de que si no se hacía cumplir su voluntad se echaría al mar. Cuando al fin, Juan Isidro Pérez se encontró junto a Duarte se echó en sus brazos y en un gesto de sublimidad moral que no se repite a cada instante, le dijo al Fundador de la República. "Se que vas a morir, y cumpliendo mi juramento vengo a morir contigo."

Es una actitud que obligará a Duarte a escribir un día en su diario: "Por eso os amo, por eso os he amado siempre, porque vosotros no tan sólo me acompañasteis en la calle de la Amargura, sino que también sufristéis conmigo hasta llegar al Calvario". (32)

Es un ejemplo sublime que permite descubrir el carisma de Duarte, de su vida, de su limpia trayectoria de lucha, de su paradigmática influencia sobre sus compañeros y amigos, que repercutió hondamente en José María Serra, Félix María Ruiz, José Ginebra, María Baltasara, Teodoro Ariza, Luciano de Peña, Dolores Cuello, Luis Betances, Julián Alfáu, Jacinto de la Concha, y una lista interminable de personas de las cuales se conocen

testimonios de fehacientes compromisos y lealtad con Duarte. Y así como éstos, otros como el presbítero Manuel González Regalado y Muñoz quien llama a Duarte: “el más sano de corazón y devoto de pensamiento de los libertadores de América”; o como el poeta Manuel Rodríguez Objío que llamó al patricio “alma nobilísima” y “espíritu sublime”; o de Félix María del Monte quien dijo de Duarte lo siguiente: “Amigo del hombre, idólatra de sus imprescriptibles derechos, dotado de un alma de héroe y de mártir...” (33)

Ese es el Duarte del humano sentimiento de amistad, que hizo de esta cualidad intrínseca de la sociabilidad del hombre un medio para forjar voluntades en provecho del bienestar general. Este es el Duarte en quien se conoció la amistad como vehículo para importantes empresas que dejaron impregnadas en quienes la realizaron y vivieron imborrables huellas de afecto fraternal, de quien se puede decir también que no concibió el cariño humano para acciones impuras ni para provecho personal como finalidad inmediata.

Duarte tuvo en sus compañeros grandes amigos, no simples camaradas. Releyendo el pensar de cada uno de los que le amaron nos viene a la mente el pensamiento de Voltaire: “Los malvados encuentran cómplices; los voluptuosos, compañeros en la disolución; los interesados, socios; los políticos, facciosos; los príncipes,

cortesanos; LOS HOMBRES VIRTUOSOS SON
LOS UNICOS QUE ENCUENTRAN AMIGOS.”

PARTE 5 EN INGLES

DUARTE Y EL ENEMIGO

Pero Duarte que tiene conciencia clara sobre lo que significa la amistad, tiene en su proyección patriótica y en su criterio personal, una definición precisa de lo que es, y significa, el enemigo. El patricio tuvo enconados detractores, virulentos opositores, sañudos adversarios que les proporcionaron muchos momentos desagradables. Para todos ellos, pocas veces tuvo Duarte palabras de enojo, al menos que ese encono no tuviera ribetes antipatrióticos. Para el Padre de la Patria el enemigo verdadero es el que trabaja en función contraria al interés nacional; el enemigo real es el que traiciona los intereses de la Nación y labora en contra de su bienestar. Duarte creó para este tipo de hombres una expresión de fuerte contextura para reflejar la saña malévola de estos ingratos. Los

llamó “orcopolitas”, algo así como “hombres del infierno.” Ellos son, a juicio del patriota, los que tienen hundida la Patria, los que le han condenado al infierno. (34). Con clara ironía los llama “hombres honrados y virtuosos” que han tenido “la habilidad de hacerlo todo, hasta llamar al extranjero.” (35).

Todo esto nos revela lo que para Duarte significaba su enemigo, que era en todo caso, el enemigo de la Patria. Por eso nos señala que el enemigo suyo y de todos tiene un propósito común: “Destruir la nacionalidad aunque para ello sea preciso aniquilar a la Nación entera.” (36). Son hombres “sin corazón y sin juicio” que conspiran contra “la salud de la Patria.”

**DUARTE CONTRA LA DELACION,
EL CRIMEN Y LA TRAICION**

Ese Duarte que es enérgico contra el orcopolita, entiende que también entra en esta acepción el delator, el traidor y el criminal.

El delator y el traidor son para Duarte ramas de un mismo árbol. Sus acciones conllevan a la desgracia o a la maledicencia. El delator, como el traidor, es muchas veces hombre calumniador que siembra la cizaña a su paso y provoca siempre la angustia en los seres. Ya lo dice sabiamente la Biblia: "Quien guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias."

El dominicano de hoy, triste es decirlo, sobrevive en una época donde la traición y la delación se producen corrientemente y no tan sólo en el campo político, sino en otros menesteres de la vida nacional. Son los residuos de una etapa

pasada donde estos aspectos fueron plato cotidiano y gérmen de muchos sinsabores.

Para quien quiera saberlo, el Padre de la Patria no concibe el aplauso a una delación ni manifiesta agrado alguno por la traición, “aún cuando haya motivos justos” para agradecer ambas cosas. Por eso su condena es contundente y no da lugar a dudas: “Mientras no se escarmiente a los traidores como se debe, los buenos y verdaderos dominicanos serán siempre víctimas de sus maquinaciones.” (37).

Juan Isidro Jimenes—Grullón asegura que Duarte, al contrario de otros febreristas, “no puede ser acusado de un sólo acto de traición. Su patriotismo fue inmaculado y permanente,” como “permanentes fueron también su liberalismo y su espíritu de sacrificio por sus ideales y la patria.” (38).

El mismo Jimenes—Grullón asegura que “Duarte prefirió el ostracismo a mezclarse en la lucha partidista de los grupos patricidas. Manteniendo la pureza de su ideal, fustigó constantemente a estos últimos,” (39), lo que explica cómo el Padre de la Patria se mantuvo siempre coherente con sus principios en contra de la “chismografía” que cercena las buenas intenciones y agrieta la pureza de los ideales.

Del mismo modo condena el crimen, del que

dice que “no prescribe ni queda jamás impune.”
(40).

Quizás contra los traidores, los delatores y los criminales haya que mostrarse “justo y enérgico”, “o no tendremos Patria y por consiguiente ni libertad ni independencia nacional.” (41)

DUARTE Y LA LEY

El Forjador de la Nacionalidad Dominicana cree en la ley.

Duarte crea la Trinitaria para luchar por el establecimiento de una república “en donde los hombres pudiesen vivir al abrigo de las leyes.” (42).

Pero la ley que Duarte señala y la que aspiraba que se cumpliese y respetase estaba fundamentada en los derechos naturales del hombre y en el respeto a la dignidad humana. No era una ley creada antojadizamente para satisfacer ambiciones o intereses de grupos, o moldeada de acuerdo a las conveniencias del momento. Es una ley general, válida en toda circunstancia, fundamentada en la razón y en el deber y con la base de un inviolable respeto por la persona humana. Es una ley que establece prerrogativas de validez universal, como

el efecto retroactivo, la derogabilidad de toda ley no declarada irrevocable y la vigencia de toda ley no derogada clara y terminantemente.

En tiempos como los actuales, y en cualquier otro tiempo, los hombres encargados de otorgar justicia y los gobiernos, debieran tener presente las máximas legales promovidas por el Padre de la Patria en su Proyecto de Ley Fundamental:

—Lo que la ley no prohíbe, ninguna persona, sea o no sea autoridad, tiene derecho a prohibirlo;

—La ley, salvo las restricciones del derecho, debe ser conservadora y protectora de la vida, libertad, honor y propiedades del individuo;

—La ley es la regla a la cual deben acomodar sus actos, así los gobernados como los gobernantes;

—Todo poder dominicano está y deberá estar siempre limitado por la ley y ésta por la justicia, la cual consiste en dar a cada uno lo que en derecho le pertenezca;

—La Nación está obligada a conservar y proteger por medio de leyes sabias y justas la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen...

—Toda autoridad no constituída con arreglo a la ley es ilegítima, y por tanto, no tiene derecho alguno a gobernar ni se está en la obligación de obedecerla.

DUARTE Y LA INDEPENDENCIA NACIONAL

Hoy, es común escuchar a ideólogos políticos de distintas vertientes clamar por la liberación y la independencia nacionales. Hay diversas como confusas concepciones sobre estos puntos de nuestra realidad política. Naturalmente, los tiempos han cambiado y hoy en día se propugna por un sentido de autonomía que tiene un móvil por lo menos, superficialmente diferente al concepto de antaño. Sin embargo, conviene analizar en sus detalles más profundos la concepción que tiene el Padre de la Patria sobre la independencia y su parecer sobre lo que significa una patria independiente.

En primer lugar, hay que partir de una definición sencilla sobre lo que es la Nación Dominicana. Sencilla, aunque de radical

importancia por todo lo que encierra en cuanto a la unidad nacional y la solución de los conflictos a la luz de nuestra propia realidad y de acuerdo con nuestras propias concepciones. Para Duarte entonces, la Nación Dominicana es simplemente “la reunión de todos los dominicanos.” Y partiendo entonces de aquí hay que añadir, según su concepción, que esa nación libre e independiente “no es ni puede ser jamás integrante de ninguna otra potencia,” como tampoco debe ser “patrimonio de familia ni persona alguna propia ni mucho menos extraña.” (43)

Es una definición clara sobre lo que debemos ser y por lo que debemos luchar permanentemente. Ni integrante de ninguna potencia ni patrimonio de ninguna familia, grupo o partido.

En este orden de ideas “la ley suprema del pueblo dominicano es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera,” y en este mismo sentido “todo gobernante o gobernado que la contraríe, de cualquier modo que sea, se coloca ipso facto y por sí mismo fuera de la ley.” (44).

Es muy sencillo. Para el Padre de la Patria es tan deshonoroso vivir al amparo de una determinada nación como de otra, tan inicua es la esclavitud bajo un protectorado como bajo cualquier otra

soberanía extranjera. Es lo que Balaguer llama “noción global y no fragmentaria del patriotismo.” (45).

A diferencia de otros adalides de nuestras contiendas patrias, de otros líderes cívicos que propugnaron por la libertad del país condicionada a la ayuda de una gran nación, Duarte cree y sostiene que lo mejor para el país es su independencia absoluta. Es un amor de irresistible pasión por la soberanía completa de la nación. Es el motivo que anima “su ardua tarea de profesión de fe nacionalista” y que marca el paso de su incansable labor revolucionaria. (46)

El objetivo de Duarte es que en esa patria libre e independiente que nace, ningún déspota pueda alzarse “con el señorío de las conciencias oprimidas,” que no se transija con ninguna medida “encaminada a privar al país de un jirón cualquiera de su independencia o su soberanía.” (47)

El nacionalismo radical del patriota es evidente. La doctrina política del Padre de la Patria se nutre de esta irreductible posición nacionalista, concebida y mantenida inclusive en momentos en que ese ideal no constituía un propósito común.

En una carta que dirigiera a Félix María del Monte, la última de él conocida, Duarte proclama la necesidad de que la patria se levante “libre, independiente y triunfante,” y afirma que para que ello sea posible, él, -y creemos nosotros ahora

también, que cada dominicano- debe procurar conservarse bueno, conservar su corazón y su cabeza.

Todo este ideal de Duarte es un llamado de fe en nuestro porvenir. Es un llamado hacia el trabajo y la lucha, para que aprendamos a manejarnos con nuestros propios medios, para que tengamos fe en nuestra propia capacidad de trabajo, sin menospreciar desde luego, la ayuda que en el campo de la solidaridad internacional, puedan brindarnos naciones hermanas, sin menoscabo de nuestros particulares interes y de nuestra propia soberanía. Ese ideal de libertad y de independencia absolutas es algo que debiéramos llevar los dominicanos en el corazón y en la cabeza para que nunca la salud de la Patria sea quebrantada como ha ocurrido en épocas pasadas.

Duarte “dijo todas las doctrinas y peleó todas las arduas peleas que deben predicarse y que es preciso reñir para que se logre la edificación de un estado independiente y duradero. Así fue como temperamento altivo y persona honorable a todas luces, pudo extirpar del espíritu de su pueblo el poderoso y bien conceptuado hábito de cierta dependencia...” (48)

Campillo Pérez destaca que “cuando se busca el origen de nuestra nacionalidad y el ideal que la sustentó, cuando se busca la fe prodigiosa que necesitó esa nacionalidad para poder subsistir en

una época en la cual se dudaba tanto de ella, se encuentra uno, quiéralo o no, frente a frente, con Juan Pablo Duarte.” (49).

“Jamás hubo en él el menor desvío del ideario liberal, patriótico y anticolonialista que predicó al crear la sociedad La Trinitaria” (50), por lo cual hay que considerarlo como “un patriota integral” (51), “..el primero, entre los dominicanos, en propugnar por la independencia pura y simple” (52), “bandera del liberalismo y el anticolonialismo” (53).

LA UNIDAD NACIONAL

Para la obtención de una absoluta independencia y para lograr las metas más ansiadas para el desarrollo del país, los dominicanos necesitan unirse para plantearse labores y metas comunes, pues ese destino común es el mayor bienestar de la Patria.

Duarte proclamó esa unidad a la luz de sanos principios que proclaman la exigencia de que los dominicanos vivan unidos para poder obtener los más positivos logros para el país.

Duarte proclamó la unidad en los momentos más difíciles y fue pregonándola en todo sitio y bajo cualquier circunstancia. Sentía satisfacción cuando veía a los dominicanos llenar su destino "en perfecta unión y armonía." Es que para el patriota la unidad es esencial en la búsqueda de

nuestro destino común. "Sed unidos -clama- y así apagaréis la tea de la discordia y vencéreis a nuestros enemigos, y la patria será libre y salva."
(54)

Frente a las manipulaciones de intereses extraños y frente a las propias acciones disociadoras de nuestros compatriotas más negativos, las anteriores máximas del ideario de Duarte parecen proclamar la unidad de todos los dominicanos de ideas opuestas, como único medio de impedir que la discordia cause heridas irreparables a una nación que necesita labrar su porvenir en forma constante y al través de una labor ininterrumpida.

En Duarte hay una permanente disposición a la concordia, a todo lo que signifique unión y no disolución del ideal patriótico. Su propósito -y debiera ser hoy también el de todos- es servir a la Patria "con alma, vida y corazón," siendo "motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo, ni manzana de discordia." (55)

El doctor Carlos Federico Pérez ha dicho a propósito de este ideal duartiano de la unidad nacional, lo siguiente: "A la luz de la historia política de Duarte el anhelo de unir a los dominicanos debe calificarse como de gravitación sustancial. En toda su carrera, junto a la fidelidad ejemplarizadora a los ideales que había abrazado,

está el deseo de unir a sus compatriotas alrededor de un propósito común.” (56)

Quizás para que los dominicanos aprendan a vivir dentro de un marco de fraternal convivencia y de recíproca ayuda, sea necesario establecer la conveniencia de que se dejen de lado las disputas sectarias, producto de un partidismo político infecundo, y se enfrente nuestra realidad conforme a las más saludables y perentorias metas de progreso y de paz. Duarte entendía que con el objeto de aunar voluntades para la empresa del desarrollo patrio “todo pensamiento de mejora en que el sentimiento nacional se postergara a la conveniencia de partidos, debía siempre reprobarse, porque puesto en ejecución constituía delito de lesa patria.” (57). Quizás convenga recordar esto en nuestros tiempos y repetirlo y proclamarlo hasta la saciedad.

VISION PROFETICA

Duarte fue, indudablemente, un visionario.

Hombre de extraordinarias dotes morales y cívicas, pudo ver más allá de la realidad del momento y penetrar, gracias a su espíritu de profunda contextura, en el mundo del porvenir. Por eso, las ideas del patriota tienen una increíble validéz y una resonancia inconmensurable. Tuvieron una enorme significación en su tiempo, se prolongaron con efectividad a través de todas nuestras contiendas históricas y penetran con valoración renovada, en el ámbito de nuestra problemática actual.

Duarte contrae un compromiso sagrado que no hubiese tenido valor si se hubiera limitado al marco de la realidad presente, sin traspasar las fronteras del tiempo. Es un compromiso con la

generación venidera, con la patria del futuro. Todo esto le hace ver las cosas en forma prolongada y nunca limitada, Cuando habla del pueblo dominicano habla de un sólo pueblo, del que logró conocer y del que vendría después a golpe de renovadas generaciones. El mismo pueblo que debe ser orientado hacia la consecución de su total independencia y de su absoluta separación de toda potencia extranjera; el mismo pueblo que tiene en su seno a fracciones de miserables que “siempre se han pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano”; el mismo pueblo que ha tenido en su seno a una camarilla que “por medio de sus intrigas y sórdidos manejos ha logrado siempre adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo de un modo distinto de como es en realidad;” el mismo pueblo que ha contado siempre con facciones que “serán siempre todo, menos dominicanas”; el mismo pueblo que ha contado en toda época con insumergibles de toda laya, hoy una cosa y mañana otra, según el color que proyecte el poder y la ambición. (58)

“Virtud suprema la de Duarte -ha exclamado el doctor Hugo Tolentino Dipp- la de haber comprendido el ritmo histórico de nuestro pueblo en aquella mitad del siglo diecinueve”. “...Por eso es Duarte héroe en la historia. Héroe, no por hijo del azar o de la Providencia, no por genio biológico o por inteligencia inigualable, sino porque supo

sentir y prever, como un hombre de pie sobre su propio tiempo, el íntimo proceso de las mutaciones sociales que sacudían a nuestro pueblo...” (59)

A este respecto, Juan Daniel Balcácer señala que Duarte, a quien califica de “exégeta y revolucionario cabal,” fue un patriota que “supo estar a tono con las ideas más avanzadas de su época.” (60).

Este es pues, un rasgo capital en el pensamiento de Duarte: “el don de segunda vista que le permitió adivinar con asombrosa perspicacia el futuro” (61). Para que sus ideales tuvieran plena vigencia y su insobornable patriotismo sobrepasara todas las épocas, Duarte tuvo que tener indudablemente, “una clara visión de los requerimientos de la práctica política.” (62). Y la eficacia y practicidad de sus ideas, aún en nuestros tiempos, así lo confirman.

**DUARTE:
EFECTO DE SUS IDEAS**

Debemos dejar por sentado que las ideas de Duarte no fueron simplemente la notoria exposición de un criterio político y social, de una mentalidad revolucionaria de su tiempo, que es mucho decir; fue más aún. Duarte-ideal simboliza el ejercicio preclaro de un pensamiento de pureza inextinguible que ha sobrepasado el trajín de los tiempos y que ha penetrado con efectividad asombrosa la realidad de nuestros problemas actuales.

✓ No podemos decir, sin embargo, que esa efectividad del pensamiento duartiano sea tomada en cuenta por la generalidad de los dominicanos, ni mucho menos por los rectores de la cosa pública a través de nuestra historia. A fuer de sinceros tendríamos que decir que la realidad de

acontecimientos pasados y presentes, nos obliga a afirmar que en muchos casos el ideario duartiano no ha sido tomado ni siquiera remotamente en cuenta.

Eso tampoco significa, empero, que Duarte-ideal no tenga resonancia efectiva. Hoy en día, el ideario del padre de la Patria, parece presentarse ante nuestros ojos como la figura-pensamiento más acorde con nuestra problemática, en cuanto a lo que significa como solución o como fuente de reflexión para dirimir conflictos y aunar voluntades en la tarea necesariamente común para salvaguardar la honra nacional y establecer el imperio definitivo del bienestar, la justicia y el desarrollo nacional.

Duarte tuvo una característica que debería ser la primera a imitar y hacer efectiva en el marco de nuestras realizaciones políticas y sociales. Esa característica es la excepcional virtud del Fundador de la Patria de no mezclar su ideal de liberación nacional con las pasiones, apetitos y ambiciones que muchas veces desmeritan el aparato de lucha de una organización o el complejo ideológico de un pensador o combatiente por el bienestar y felicidad del país.

Quizás esta característica duartiana diferencia, como es el criterio de algunos autores, al Padre de la Patria con algunos grandes libertadores americanos, generalmente muy ensalzados, pero en

quienes algunos han visto abiertas ambiciones personales en determinados aspectos de su haber histórico, en otros una exagerada megalomanía, y en ciertos casos, una excéntrica forma de conducta.

Duarte, que es un hombre como todos los hombres, con defectos reconocibles, no une la pureza de su ideal con la sobrestimación personal que lleva siempre a ambicionar desmedidamente el poder o a poner en claro comportamientos reveladores de un delirio inaudito por la gloria.

Los dirigentes públicos dominicanos, los que usan el poder ahora, como los que puedan usarlo después -y no tan sólo el poder del Estado sino también el poder dirigenal en cualquier núcleo, entidad o empresa-debieran comenzar por esta virtud duartiana para que se pueda lograr la efectividad de sus pensamiento.

Además, Duarte es honesto, desprendido y sacrificado. Alguien ha dicho que la sublimación de estas virtudes del patricio linda en lo extrahumano. El notable intelectual Mariano Lebrón Saviñón subraya en uno de sus escritos duartianos que Duarte "ni buscó prebendas ni las dió; ni se contaminó en el fangal de las pasiones políticas ni le cobró a la patria su fortuna empeñada en la lucha. Le dió la espalda al oro corruptor cuando su mancillante amarillo brilló en la merca de la nacionalidad: como el cielo cayó, hecho girón de luz en la tranquilidad del iris de sus ojos, volvió sus

ojos al cielo, en un tímido adiós desesperado, cuando la falacia taladró sus carnes en el enmalezado otero de la calumnia." (63)

Téngase en cuenta pues, que en Duarte hay una correspondencia entre palabras y hechos. No es tan sólo enunciar soluciones, denunciar problemas y sugerir sin dar acción. Se necesita que cada cual trabaje de acuerdo con sus ideas, que cada cual dé movilidad a su pensamiento y que su vida corra pareja con el ideal que sustenta y pregona. ¿A cuántos se les podría echar en cara la condición de vida que no guarda semejanza con su condición ideológica? ¿A cuántos se les podría decir de frente: "Tu vida no lleva el mismo derrotero que pregona tu ideal"? . ¿A cuántos se les podría pedir que su vida sea una sola con respecto a su ideal? . ¿A cuántos se les debería aconsejar que dejen de hacer de su ideal una mampara cambiante que se ensancha, se encoge o se adapta a la luz de criterios oportunistas? .

Hay que dotarse —como Duarte— de tremendas energías morales para no sucumbir ante cierto ambiente de inmoralidad latente que hace ondular negativamente el ideal, abriendo una brecha a la desconfianza y al deterioro consecuente del honor y la vergüenza.

Es cierto lo que afirma Jimenes—Grullón de de que "si Duarte no fue un intelectual de altos quilates, reveló una grandeza moral inmarcesible y

una lealtad permanente a su credo liberal-romántico y nacionalista.” (64)

Por otra parte, en nuestro medio pulula, a veces inclusive como timonel de lucha, la acción vengativa y el afán revanchista contra sectores y personas que en alguna oportunidad han mostrado una postura adversa a nuestros lineamientos y propósitos. Nada mejor para recapacitar sobre este aspecto que fijarse en la trayectoria de vida de Duarte. “La historia no conserva una sola carta suya en que el resentimiento asome su cara descompuesta y rencorosa. Sobre la altura moral en que respira esta conciencia, una de las más limpias que el mundo ha conocido, los sentimientos nacen purificados por una especie de aire celestial como los flores que crecen en la cima de los picachos. La historia dominicana, en la que ha habido santos irascibles como el Padre Billini y santos vengadores como Monseñor de Meriño, no ofrece otro ejemplo de un hombre que haya tenido semejante imperio sobre sí y sobre sus pasiones. Desde la cumbre de su inmensa serenidad, de su resignación increíble y de su mansedumbre ilimitada, Duarte contempla a los hombres con un inagotable sentido de indulgencia.” (65).

Debemos pues, los dominicanos, buscar la perfección patriótica a través de la imitación del bosque de virtudes que atesoró Duarte. Sólo de ese modo podremos lograr que sus ideas tengan, como

tienen ciertamente, la efectividad necesaria. Quizás sea doloroso convenir, sin embargo, que aún no ha madurado el pueblo dominicano en las ideas y comportamiento del Fundador de la Patria. Todavía nuestro pueblo “no ha asimilado del todo la savia fecundante que destila su prolongado sacrificio; todavía no se comporta como corresponde a la conducta de un pueblo salvado por un arquetipo de ciudadano de tan alta jerarquía moral.” (66)

“Duarte encarnó las cualidades y virtudes que más falta nos han hecho, y aún nos hacen, para determinar un verdadero avance, una positiva y real superación, en nuestra vida republicana; las cualidades y virtudes contrarias a los vicios y defectos en que han solido incurrir aquellos hombres de quienes ha dependido la suerte del país, dentro y fuera de la esfera gobernante.” (67).

En el ideal y en la acción consecuente del pensamiento del patricio por excelencia, debemos todos buscar la mejora moral y cívica que requiere el país. No hay otro ideal mejor que seguir a aquel que “fue la propia encarnación del ideal”; aquel que dió el abrazo definitivo al ideal; aquel que “luchó infatigablemente por el ideal; padeció estoicamente por el ideal, y murió en el exilio con los ojos desorbitados por el Ideal.” (68)

DUARTE Y LA NO-VIOLENCIA

Para estos tiempos de crisis, distensiones, odios y resentimientos se antepone un Duarte que es sinónimo de paz; de paz que se logra a base de un sentimiento fundamental de no-violencia.

Muchas veces se le enrostra al Padre de la Patria el no haber tenido la capacidad suficiente para el debate político contra sus adversarios más enconados y contra sus detractores más iracundos. En verdad, a Duarte le sobró capacidad y juicio para combatir en el plano de las polémicas, a sus enemigos, y llevarlos demoledramente a su desprestigio histórico, como pudo haber sido sólo para poner un ejemplo, en el caso de Santana. Quizás debió haberlo hecho. Combatir al enemigo en todos los frentes, inclusive en aquellos donde es necesario para salir airoso prescindir de

determinados pruritos morales. Pero Duarte, que era ante todo un pacifista, especialmente con los propios dominicanos, prefirió no renunciar a los recursos pacíficos y democráticos “y menos en un momento de supremo peligro para la consolidación de la recién ganada independencia.” (69). He aquí otro ejemplo de la conducta duartiana. Duarte prevé la acción de los enemigos foráneos. Piensa en los intereses siempre abiertos de los que, desde lejos, miran con ambición las riquezas del país. Piensa que los dominicanos no debieran rivalizar en cuestiones que podrían poner en peligro la institucionalidad del país, abriendo un espacio por donde pueda colarse una posible invasión extranjera, con el consiguiente desprestigio y las naturales consecuencias funestas.

Hay muchos problemas en el país, algunos sin solución aparente o inmediata. Más, si los dominicanos no dejan de combatirse uno con el otro, sobre todo en el campo político, las consecuencias podrían ser desastrosas, en lo que respecta al sostenimiento y progreso de nuestras instituciones democráticas. El dominicano, inspirado en Duarte, debe superar la violencia para poder lograr la felicidad a que tiene derecho, dirimiendo los conflictos y las naturales contradicciones ideológicas en un plano de respeto mútuo donde se ponga a valer la razón y no la fuerza.

“Duarte -ha dicho Emiliano Tejera- no ha sido el héroe de los combates ni el representante de la fuerza en ninguna de sus manifestaciones; fue un apóstol del derecho...” (70)

Debe pues mantenerse fija la idea de que Duarte fue un enemigo de la violencia, de que su atributo esencial era su vocación por la paz y el imperio del derecho en un estado de cosas justo. De que aunque tuvo sobradas razones en momentos determinados, nunca autorizó a los suyos ni se lo permitió él mismo hacer uso de la violencia. “Toda medida de fuerza repugnaba a sus sentimientos de magistrado, de hombre eminentemente civil, a quien un golpe de mano le parecía un ejemplo funesto que podría dar por resultado la ruina de las instituciones.” (71)

DUARTE Y EL PREDOMINIO DE LO CIVIL

Los tiempos van cambiando y, en muchos casos, parecen asemejarse a las más antiguas formas de vida de los pueblos civilizados. Así las cosas, ha vuelto el hombre de uniforme a cobrar determinada influencia en la vida política de las naciones. Esta influencia fue de algún modo siempre cierta, aunque en algunos casos, muy bien disimulada. Al paso de los años, y a la luz de las nuevas corrientes militaristas que dominan gran parte de América Latina, el hombre del sable y de los aperos guerreros, ha decidido poner a las claras su posición de mando ejerciendo plenamente su poder sobre los demás. La eficacia en favor de las grandes mayorías, de esta nueva corriente que tiende a uniformar las riendas del Estado en los países del mundo, aún se discute. Algunos la

defienden celosamente y otros la combaten tenazmente. En lo que a los dominicanos respecta, y si a buscar ideas aclaratorias vamos, no hay mejor contestación al dilema que en el pensamiento duartiano.

La educación del Fundador de la Nacionalidad Dominicana es “la de un patricio de fisonomía eminentemente civil, formado al calor de las humanidades.” (72). Se trata de una conciencia, que aún ostentando sus presillas de general de brigada, siempre hizo gala de su condición civil, dando predominio determinante a este poder frente a los que tienen como función fundamental el resguardo de las instituciones mediante la imposición del respeto a la autoridad sin uniforme.

Balaguer ha dicho que la figura civil de Duarte “se había ofrecido con relieves tan puros ante la contemplación de sus conciudadanos que se consideró necesario cerrarle la posibilidad de que se consagrara también como hombre de armas en las horas iniciales de nuestra gesta libertadora.” (73).

El propio Balaguer ha dicho además sobre este “caudillo exclusivamente civil,” que “su caso como el de José Martí es el de un apóstol que desea ofrecer su vida por el ideal de la independencia, pero que no tiene aptitudes innatas para lograr con la espada lo que le es dable obtener con el ejemplo

y con la palabra ardida en fuego patrio y en proceridad redentora.” (74).

Quizás con el correr de los años el militar tome mayor influencia y dominio de las realidades de una nación. Quizás se haga necesario su concurso en la solución a las perentorias necesidades del pueblo. Pero quizás, y sin quizás, sea conveniente tener en cuenta que un país aprovecha al máximo sus recursos humanos cuando se acopian todas las voluntades en una clara y determinante fijación y delimitación de responsabilidades, que separe los poderes tradicionales para que cada cual en su órbita natural enrumbe sus acciones hacia una meta común. Estamos seguros que, ayer como hoy, este criterio estaría avalado siguiendo el curso del pensamiento duartiano y la vida de quien ha sido calificado como “la única conciencia civil definitivamente pura que ha existido en la República.” (75).

DUARTE:
MODELO PARA LA JUVENTUD

El Padre de la Patria comenzó a muy temprana edad su labor de servicio a la redención dominicana. La propia obra de la Independencia Nacional fue labor de la juventud, patrimonio de un vibrante grupo de jóvenes patriotas que siguieron fielmente la doctrina del maestro.

La juventud, ansiosa de liberaciones fundamentales, ávida de mayores oportunidades de servicio, seguidora de hombres e ideas que prometen una mejor existencia para la humanidad, debiera mirar hacia Duarte para conocer un carácter que no descansó hasta ver lograda su obra de redención, y que aún así, por encima de todas las controversias siguió ofrendando lo mejor de sí a ese propósito, hasta su muerte.

En esta época del líderes continentales, época

de grandes líderes que han cambiado con sus renovadoras ideas el curso de la humanidad en varias naciones del mundo actual, la juventud dominicana debiera dar vigencia al liderazgo indiscutible de las ideas duartianas.

Quizás nuestra juventud no ha aprendido a buscar puntos de contacto con el Padre de la Patria, porque no ha tenido la ocasión de "apreciar por sí misma la extensión de su talento y sus relevantes cualidades." (76). A lo mejor, debido a que la bibliografía existente no ha sido divulgada convenientemente y a que no se ha enseñado en las escuelas a conocer los méritos de Duarte y a analizar y reflexionar sobre la vida de abnegaciones y sacrificios del patricio a quien debe la patria su existencia política y el puesto que ocupa entre los pueblos libres del mundo.

Conviene recordar, mientras tanto, que Duarte fue un joven que al preocuparse por el destino de su Patria, se preocupaba obligatoriamente por el porvenir de los demás jóvenes de la República. Siendo así, supo utilizar sus conocimientos obtenidos principalmente en sus viajes por América y Europa para enseñar a la juventud capitalense matemáticas y latín, así como otras ciencias, al igual que esgrima y tiro, artes y oficios. Las últimas que enseñó principalmente a los que se enrolaron en la cruzada unitaria. "Gracias a los conocimientos que adquirió durante su estancia en

Barcelona y a cierto don de simpatía personal con que lo dotó abundantemente la naturaleza, le fue fácil convertirse en el mentor de aquella juventud ansiosa de enseñanza.” (77). De modo que Duarte se convirtió en un líder de la juventud de aquella época. Y lo fue así no por su sola preocupación patriótica, sino también porque concordante con esto, Duarte fue un joven estudioso, cultivado, educado y modesto, cualidades a las que unió su natural magnetismo, su hablar vibrante y su recta compostura. Esto le creó el carisma necesario que le dió autenticidad a su liderazgo indiscutible.

Toda pues, esta sabiduría y esta dedicación a la enseñanza de la juventud permitieron que Duarte se convirtiera en el centro de atracción de los jóvenes de aquella época que comenzaron de inmediato a entusiasmarse por sus ideas y a ir edificando con sus sacrificios y labor cotidiana la patria del futuro. El patriota se preocupa por esta juventud; es hacia ella adonde dirige su mirada y sus propósitos; es a ella a quien da lecciones gratuitas, a quien presta sus libros, a quien la ejerce en la práctica política. Todo su tiempo lo dedica a preparar a la juventud para la obra de la independencia. A los que van rezagándose en el camino, los anima; a los que desertan por apatía los renueva concientizadamente; a los fríos les da calor.

Juan Bosch afirma que Duarte escogió a los jóvenes iniciadores de su asociación secreta “tomando en cuenta sus condiciones intelectuales, morales y hasta físicas; es decir, tomando en cuenta su calidad.” Y añade: “Para Duarte, la lucha que debía llevarse a cabo tenía que ser organizada partiendo de la calidad política y humana de los que iban a dirigirla.” (78).

Por estas raíces que sembró en la juventud le fue difícil al dominador apagar la llama de la reivindicación cuando el patricio se ausentó del país, llama de liberación que alumbró redentoramente el 27 de febrero de 1844.

DUARTE: LIDER DE TODOS

Igual que para la juventud, Duarte es hoy un líder para todos. Ese desdén por los bienes de fortuna, ese desprendimiento personal para con las necesidades de la Patria, esa limpieza de criterio para dar solución a los problemas, ese desprecio por las glorias humanas, esa personalidad incorruptible, nos hacen ver en Duarte el modelo a imitar, a aspirar y a seguir por todos los dominicanos.

Esa cooperación total y desinteresada que nace desde el momento que jura y hace jurar a los demás patriotas fundadores de la República que den "persona, vida y bienes" a la causa de la independencia nacional, es base más que suficiente para hacer de Duarte el arquetipo de líder que necesitamos.

Ese afán de trabajo por la prosperidad de la Patria (“Trabajemos, trabajemos sin descansar”...; “Trabajemos por y para la patria que es trabajar para nuestros hijos y para nosotros mismos”; “Aprovechemos el tiempo”) hace ver en Duarte el paradigma de confianza y de esperanza en el porvenir.

Y especialmente para los dirigentes públicos que se ven tan empeñados en laborar al servicio del pueblo, Duarte surge como modelo para señalarles: “Ser justo es el primer deber del hombre”; “Con la unión de todos la patria será salva”; “La falta de unión nacional trae esclavitud y perdición.” Para señalar consustancialmente: Ningún apetito de goce y poder; ningún deseo del poder por el poder mismo; ninguna arbitrariedad contraria a los intereses del pueblo; condena de la inflexibilidad, el orgullo y la sobreestimación; pasión por la patria libre, por el imperio de la justicia para todos y por la igualdad de derechos y de oportunidades para el conjunto.

Y para que el modelaje duartiano sea más completo y se sintonice con algunas de nuestras realidades, nada más prudente que ejercitar entre los políticos este pensamiento de combate antidemagógico que es al mismo tiempo promesa de amor a la Patria: “Nada hacemos con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición, sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental.” (79)

CONCLUSION: DUARTE COMO META

“Duarte es un camino y una meta, un ejemplo y un destino, un medio y un fin.” (80).

La voz del patricio dominicano por excelencia ha sobrevolado los tiempos y ha venido a dejarse sentir en medio de todas nuestras realidades. Más allá de la tumba, Duarte sigue existiendo con sus principios renovadores, con su voluntad redentora, con su sacrificio trascendente. Su influjo salvador se ha prolongado a medida que la conciencia colectiva ha ido enalteciendo su memoria inextinguible.

El primero en el ideal, el primero en la iniciativa de redención, el primero en el esfuerzo, en la orientación nacionalista; el primero en la faena revolucionaria, en el sacrificio, en el martirio; el primero en la obra de la independencia; el

primero de los dominicanos, se levanta hoy más grandioso que nunca, más puro que nunca, más actualizado que nunca. Por eso su figura fue un símbolo, es un símbolo y será siempre un símbolo.

Hay muchas y diversas razones para creer en Duarte. Su lucha y sus sacrificios. Su visión del futuro y su martirio por el ideal. Su fe y su apostolado. "Una cosa es tener una creencia y poner en ella toda la fe de que es capaz el alma humana y otra cosa es dedicarse a convertir esa creencia en realidad, y Duarte fue capaz de hacer esto último." (81)

Para éste que fue apóstol "en todos y en cada uno de los momentos de su vida," la Patria fue altar para ofrendar lo mejor de sí en su gloria y beneficio, nunca pedestal para escalar posiciones que le retribuyeran jugosos dividendos. Es la gran enseñanza del apóstol.

A propósito de ésto último, Rubén Suro entiende que el apostolado tiene más mérito y más virtud que el heroísmo. "Hay mayor contenido de fuerzas místicas y espirituales en el apóstol que en el héroe," dice. Y agrega: "Este es o puede ser el resultado de un momento de exaltación, de agresividad personal, de arrojo suicida. Aquel no Nace, es el fruto de la consagración a un ideal, la acumulación de reflexiones, de esfuerzos pacientes y de nobles sacrificios. El heroísmo es posible que surja por generación espontánea. El apostolado,

nunca, porque no se improvisa, y es la suma de amor, de tolerancia, de espíritu combativo en favor de una causa determinada y supone un proceso lento de elaboración de su personalidad.” (82).

Aunque parezca utópica la esperanza, los dominicanos debiéramos ser, como dice don Emilio Rodríguez Demorizi: “duartianos, duartianos en toda la riqueza y extensión de la palabra” (83). En cada uno de nosotros debería existir una vital preocupación por revivir y poner en práctica las virtudes de Duarte, haciendo que ningún acto ensombrezca su obra y sus aspiraciones.

Debe hacerse valedera la noción de que Duarte es patrimonio de todos, y que en este sentido, a todos nos corresponde por igual buscar en su ejemplo un motivo dinámico para nuestras acciones de superación, de progreso y de servicio.

Volando por encima del tiempo y traspasando muchas noches oscuras que ha tenido el país a través de toda su historia, Duarte se ofrece hoy más grande y más fuerte.

Su ideal sigue teniendo plena vigencia

Su vocación de sacrificio sigue teniendo significado.

El destierro que sufre ese ideal y esa vocación en nuestros corazones debe desaparecer, para que los mismos se constituyan, hoy como ayer, en solución cotidiana a los problemas de la Nación.

A ciento nueve años de su muerte, su corazón,
que es el corazón de la Patria, sigue aún latiendo.
Por eso, Duarte es hoy como ayer, ayer como
mañana, mañana como siempre.

NOTAS

1. **Joaquín Balaguer:** "El Cristo de la Libertad", Edición Especial, Fundación de Crédito Educativo, 1970.
2. **Federico C. Alvarez:** "Duarte es un símbolo", Conferencia dictada en la Sociedad Literaria Amantes de la Luz, Santiago, R.D. (Citada en "Antología de la Prosa Duartista", de Julio Jaime Julia, Editora del Caribe, 1976. P. 37).
3. **Don Fabio A. Mota:** Ilustre hombre de letras, autor de varios libros sobre asuntos filosóficos e históricos. Fue presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y catedrático universitario.
4. Recomendamos leer sobre este aspecto de la vida de Duarte el trabajo titulado "Sobre Duarte en Venezuela", por **Alfonso Lockward**. Boletín del Instituto Duartiano, Octubre-Diciembre 1970.
5. **Julio Genaro Campillo Pérez:** "¿Uno o varios Padres de la Patria?". (Prólogo a "El Mito de los Padres de la Patria", de J. I. Jimenes Grullón), pág. 17.
6. **Joaquín Balaguer:** "El Cristo de la Libertad". P. 33.

7. **Magdalena Espínola:** (Escritora guatemalteca), citada por Julio Jaime Julia: Conferencia en Academia de entrenamiento policial, San Cristóbal, 23 de enero de 1975.
8. **Juan Bosch:** "Notas sobre Juan Pablo Duarte"; Vanguardia del Pueblo, Año II, n. 49, Julio, 1976, p. 4.
9. **Emiliano Tejera:** Exposición ante el Congreso Nacional por la junta erectora de la estatua al Padre de la Patria, 27 de febrero de 1894. (Cit. por J. J. Julia en conferencia citada).
10. J. J. Julia, c.c.
11. **Joaquín Balaguer:** "Los Próceres Escritores", 2da. Edición, Buenos Aires, 1971, p. 45.
12. Ibid., p. 47.
13. **Manuel de Jesús Galván;** citado por Leonidas García Llubes en "Crítica Histórica"; Academia Dominicana de la Historia, vol. XVI, Editora Montalvo, Santo Domingo, 1964; p. 218.
14. **José María Pichardo;** citado por Leonidas García Llubes, op. cit., p. 219.
15. **Juan Daniel Balcácer:** "Duarte, el Patriota Calumniado", Revista EME-EME, Estudios Dominicanos, Volumen IX, No. 53, UCMM, Santiago, Págs. 65 a 75.
16. **Juan Sánchez Lamouth.** "Sinfonía Vegetal a Juan Pablo Duarte y otros poemas"; Santo Domingo, 1967.
17. "Ideario de Duarte", selección de Vetilio Alfau Durán, vol. IV, Instituto Duartiano, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1969; p. 12-13.
18. **Alcides García Llubes.** "Duarte y la Cruz"; Listín Diario, Santo Domingo, 28 de abril, 1929.
19. **Apuntes de Rosa Duarte;** Archivo y versos de Juan Pablo Duarte; Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, Carlos Larrazábal Blanco y V. Alfáu Durán; Santo Domingo, 1970.

20. **Fernando Arturo de Meriño.** "Discurso Póstumo", 27 de febrero de 1884, Catedral Primada, (cit. por L. García Llubes, op. cit., p. 20).
21. **V. Alfáu Durán.** "Duarte y el Santuario de Higüey"; La Nación, Diciembre 24 de 1942; (cit. por J. J. Julia en Antología de la Prosa Duartista, p. 14).
22. **Mons. Juan Félix Pepén S.** "La Importancia de la Religión", revista Amigo del Hogar, Septiembre 1976, Año 35, n. 364, págs. 2-3.
23. *Ibid.*, p. 2-3.
24. *Ibid.*, p. 3.
25. **Joaquín Balaguer.** "El Cristo de la Libertad", p. 42.
26. **J. Balaguer.** *Op. cit.*, p. 102.
27. **Ideario de Duarte** selección de V. A. D., p. 8.
28. *Ibid.*, p. 13.
29. **Enrique Patín Veloz.** Discurso de contestación al discurso de ingreso del doctor Domingo O. Bergés Bordas al Instituto Duartiano; Boletín del Instituto Duartiano, n. 9, Año V, Enero-Diciembre 1973; p. 25.
30. *Ibid.*, p. 22.
31. **Ideario de Duarte**, selección de V. A. D., p. 10.
32. **J. Balaguer**, *op. cit.*, p. 141-142.
33. **J. J. Julia**, c.c. (Todas las citas mencionadas están tomadas de dicha conferencia).
34. **Ideario de Duarte**, p. 8.
35. *Ibid.*, p. 10.

36. Ibid., p. 10.
37. Ibid., p. 13.
38. Juan Isidro Jimenes-Grullón: "El Mito de los Padres de la Patria", 2da. edición, 1982, Alfa y Omega, Santo Domingo, R. D.
39. Ibid. Nota 31, pág. 63.
40. Ibid., p. 9.
41. Ibid., p. 13.
42. J. Balaguer. Op. cit., p. 122.
43. Ideario de Duarte, p. 12.
44. Ibid., p. 7-8.
45. J. Balaguer. Op. cit., p. 214.
46. Carlos Federico Pérez: "Duarte: ideal y realidad", 2da. edición, Institutò Duartiano, Vol. II, Editora del Caribe, 1972; p. 28.
47. J. Balaguer. Op. cit., p. 122.
48. Alcides García Lluberes: "Duarte y otros temas"; Discurso en el acto de colocación de la primera piedra del monumento al Fundador de la República, 25 de febrero de 1916, Plaza Duarte; Academia Dominicana de la Historia, vol. XXVIII, Editora del Caribe, 1971, p. 7.
49. J. G. Campillo Pérez, op. cit., pág. 14.
50. J. I. Jimenes-Grullón, op. cit., pág. 79.
51. Ibid. Nota No. 9, pág. 47.
52. J. Daniel Balcácer, op. cit., pág. 66.
53. J. I. Jimenes-Grullón, op. cit., pág. 86.

54. Ideario de Duarte, p. 16.
55. Ibid., p. 18.
56. Carlos Federico Pérez, op. cit., p. 49.
57. "Apuntes" de José María Serra, cit. en Ideario de Duarte, selección de V. A. D., p. 18.
58. Todas estas citas corresponden a: Carta a Félix María del Monte, cit. en Ideario de Duarte, p. 14.
59. Hugo Tolentino Dipp: Discurso en el Paraninfo del Alma Máter; 31 de enero de 1969 (cit. en Antología de la Prosa Duartista; J. J. Julia, p. 556).
60. Ibid., pág. 73.
61. J. Balaguer, op. cit., p. 213.
62. Carlos Federico Pérez, op. cit., p. 10.
63. Mariano Lebrón Saviñón: "Juan Pablo Duarte", Trabajo leído por T.V., el 26 de enero de 1964, en acto del Instituto Duartiano; (cit. por J. J. Julia en op. cit., p. 339).
64. Ibid., pág. 122.
65. J. Balaguer, op. cit., p. 152.
66. Pedro Troncoso Sánchez: "Vida de Juan Pablo Duarte", 1ra. edición, Instituto Duartiano, vol. XI, Impresora Amigo del Hogar, 1975, p. 521.
67. P. Troncoso Sánchez, op. cit., p. 521.
68. Víctor M. de Castro, (Miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela): "Paralelo entre Núñez de Cáceres y Juan Pablo Duarte"; Clío, n. 128, Año XL, Enero-Diciembre 1972; p. 44.
69. Carlos Federico Pérez, op. cit., p. 6.

70. J. Jaime Julia, c.c.
71. J. Balaguer, op. cit., p. 131.
72. J. Balaguer, op. cit., p. 123.
73. J. Balaguer: Discurso al develizar estatua de Juan Pablo Duarte en Santiago, 26 de enero de 1975; (cit. por J. J. Julia en op. cit., p. 106).
74. Op. cit., p. 106.
75. J. Balaguer, "El Cristo de la Libertad", p. 166.
76. Félix María del Monte: "Necrología de Duarte"; La Opinión, 15 de julio de 1938; (cit. por Pedro Troncoso Sánchez, "Vida de Juan Pablo Duarte", p. 519).
77. J. Balaguer, op. cit., p. 39.
78. J. Bosch, op. cit.
79. "Apuntes" de José María Serra, cit. en Ideario de Duarte, p. 17.
80. J. J. Julia: Discurso en Sesión Evocativa, Casa de Duarte, 26 de enero de 1970; Boletín Instituto Duarteño, n. 3, Año I, Enero-Marzo, 1970, p. 22.
81. Juan Bosch, op. cit.
82. Rubén Suro: "Duarte visto por Rubén Suro"; La Nación, 30 de enero de 1956; (cit. por J. J. Julia, op. cit., p. 506).
83. Emilio Rodríguez Demorizi: "Duarte romántico", Discurso de ingreso en el Instituto Duarteño, vol. III, Editora del Caribe, 1969; p. 7.

BIBLIOGRAFIA

ALFAU DURAN, VETILIO: **Ideario de Duarte, Vol. IV**,
Publicación del Instituto Duarteano, Editora del Caribe, Santo
Domingo, 1969.

BALAGUER, JOAQUIN: **El Cristo de la Libertad**, Edición Especial,
Fundación de Crédito Educativo, Selecciones Gráficas, Madrid,
1970.

—**Los Próceres Escritores**, Segunda Edición, Buenos Aires, 1971.

CASTRO, VICTOR M. DE: **Paralelo entre Núñez de Cáceres y
Duarte**; revista Clío, n. 128, Año XL, Enero-Diciembre 1972.

DESPRADEL BATISTA, GUIDO: **Duarte y aporte de la familia
Duarte Diez a la Independencia Dominicana**; Ediciones Renovación,
1975.

GARCIA LLUBERES, ALCIDES: **Duarte y otros temas**,
Publicación de la Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXVIII,
Editora del Caribe, 1971.

GARCIA LLUBERES, LEONIDAS: **Crítica Histórica**, Academia
Dominicana de la Historia, vol. XVI, Editora Montalvo, Santo
Domingo, 1964.

JIMENES-GRULLON, JUAN ISIDRO: **"El Mito de los Padres de la Patria,"** 2da Edición, Impresora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1982.

JULIA, JULIO JAIME: **Antología de la Prosa Duarteista;** Editora del Caribe, Santo Domingo, 1976.

—**Poesía Duarteista,** Instituto Duarteano, vol. VI, Impresora Amigo del Hogar, Santo Domingo, 1972.

PEREZ, CARLOS FEDERICO: **Duarte: ideal y realidad;** 2da. edición, Instituto Duarteano, vol. II, Editora del Caribe, 1972.

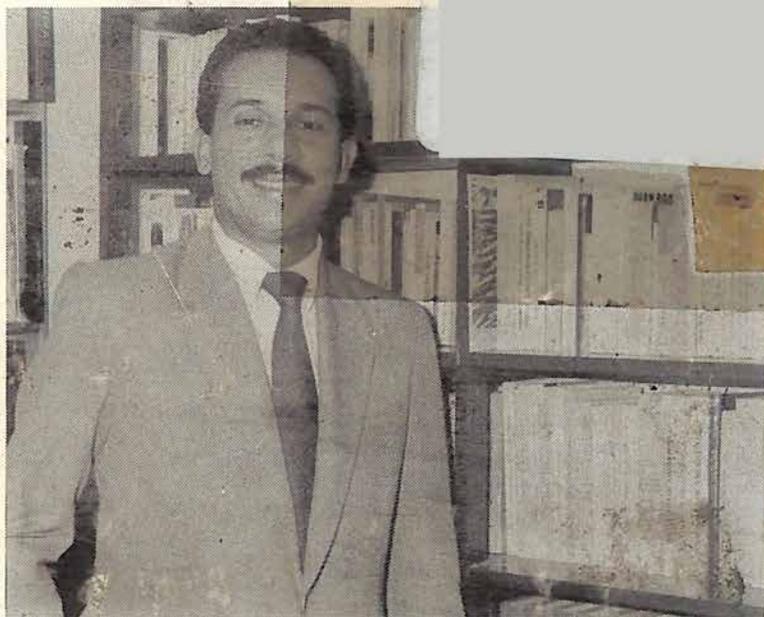
RODRIGUEZ DEMORIZI, EMILIO: **Cartas al Padre de la Patria,** Instituto Duarteano, vol. V, Editora del Caribe, 1970.

—**Duarte Romántico,** Instituto Duarteano, vol. III, Editora del Caribe, 1969.

TRONCOSO SANCHEZ, PEDRO: **El Decálogo Duarteano,** Instituto Duarteano, vol. VII, Editora del Caribe, 1972.

—**Vida de Juan Pablo Duarte,** Instituto Duarteano, Vol. XI, Impresora Amigo del Hogar, primera edición, 1975.

Esta primera edición de **Hacia una revalorización del ideal Duarteño**, de José Rafael Lantigua, se terminó de imprimir en julio de 1985 en los talleres de la Editora UNPHU, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, República Dominicana.



JOSE RAFAEL LANTIGUA, el autor del presente trabajo galardonado, es un joven intelectual dominicano que tiene en su haber una labor bibliográfica y periodística admirables. Graduado como Licenciado en Ciencias de la Educación, Mención Letras, (Cum Laude), en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Lantigua se ha dado a conocer a través de interesantes ensayos, poemas y trabajos críticos en el orden literario. La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), al publicar esta obra, ganadora del Primer Premio en el Concurso Nacional que auspiciara el Instituto Duartiano, quiere adherirse al homenaje que sempiternamente rinde la gratitud nacional al Padre de la Patria, cumbre de abnegación y desinterés y paradigma de amor patrio y de fe. Pero, al mismo tiempo, obedece a su propósito de ser una tribuna abierta a todas las corrientes de la cultura, muy particularmente cuando ésta exalte los valores patrios y emane de la juventud intelectual dominicana, de la cual Lantigua es un cimero exponente.



Portada: "Duarte Joven", óleo de Carlos Hidalgo (1979), propiedad del Museo Nacional de Historia y Geografía.